

Sobre Leer la Biblia A Través de Sus Propios Lentes

Por P. Andrew Sandlin

“Lee la Biblia a través de sus propios lentes.” Así reza un conocido aforismo evangélico. Como la mayoría de los aforismos, ya sea evangélico o cualquier otro, éste puede ser verdadero o falso – o hallarse en algún punto intermedio – dependiendo de cómo se entienda.

Los evangélicos han sido conocidos históricamente, en palabras de John R. W. Stott, como “el pueblo del Libro.” La Biblia es la Palabra de Dios inspirada e infalible. Creemos en su mensaje y tratamos de vivir por sus preceptos. Vemos con sospecha a cualquier persona, institución, tradición o escrito que pueda interponerse entre nosotros y la Biblia – ni iglesia, ni jerarquía, ni papa, ni teólogo, ni credo. Esto prueba que tenemos gran reverencia por la Biblia como la Palabra de Dios. Ella no tiene competidores.

Desdichadamente, este sentimiento no es tan altruista e irrefutable como puede parecer de primero. La determinación a leer la Biblia a través de los propios lentes de uno puede en realidad ocultar una dañina arrogancia. Después de todo, ¿No da Dios pastores y maestros como dones a la iglesia (Efe. 4:7-16)? ¿No es la misma iglesia “la columna y baluarte de la verdad” (1 Tim. 3:15)? Aquellos Cristianos que afirman, “Nadie va a enseñarme la Biblia o a interpretármela; tengo al Espíritu Santo para ese propósito” no están siendo reverentes; están siendo presuntuosos. Después de todo, la cuestión real no es si el Cristiano individual puede entender la Biblia. ¡Claro que puede! La cuestión real es si puede entenderla mejor que todos los demás. No puede.

Los evangélicos han tendido a ser individualistas, particularmente en su lectura de la Biblia. En un grado limitado, esto es bueno. Después de todo, ¡nadie puede realizar nuestra Fe Cristiana por nosotros! Sin embargo, la Biblia fue destinada a ser leída comunalmente, no solamente por individuos separados y aislados. El Antiguo Testamento fue dado a Israel, un pueblo pactal (Rom. 3:2). Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento fueron dados a la Iglesia multinacional y multirracial de Jesucristo (Col. 4:16). Nunca fuimos destinados a leer – o entender – la Biblia aparte de la iglesia. Como individuos separados, podemos distorsionar el significado de la Biblia debido a nuestro pecado y finitud. Pero cuando leemos la Biblia en un contexto corporativo, disfrutamos de un sistema de “controles y registros” que tiende a protegernos de los errores serios.

Usando el lenguaje de C. S. Lewis, la ventaja de esta disposición no es que otros no van a equivocarse al interpretar la Biblia; la ventaja es que es improbable que se equivoquen en los mismos puntos donde nos hemos equivocado. Esto nos mantiene dependientes de nuestros compañeros Cristianos en nuestra lectura de la Biblia. Cuando recitamos juntos el Credo de los Apóstoles cada Día del Señor, estamos reconociendo tácitamente que no estamos solos, sino con una gran compañía de redimidos, vivos y muertos, y entendiendo y afirmando el mensaje medular de la Biblia.

Por otra parte, los teólogos en los últimos 200 años han llegado a reconocer que el hombre nunca entiende algo “de manera pura.” Él hace una contribución a la transacción del

conocimiento. Él puede leer la pura Palabra de Dios; pero cuando la lee y la interpreta, añade sus propias opiniones humanas (y falibles), las que son moldeadas por su trasfondo, edad, iglesia, intelecto, cultura, y así sucesivamente. Filosóficamente esta idea fue popularizada por Immanuel Kant, una figura de la Ilustración. Pero Jehová había dicho la misma cosa (¡y mucho mejor!) miles de años antes: “Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos” (Isa. 55:8-9). Podemos inferir de esto que el hombre no puede reproducir la revelación de Dios de manera infalible en su propia mente. La Biblia es infalible, pero nuestra interpretación de ella no lo es. Si pensamos que podemos entender de manera infalible es probable que desarrollemos una peligrosa arrogancia espiritual que impida un espíritu enseñable y limite la disposición a escuchar a nuestros hermanos y hermanas que difieren en opinión.

En este sentido, no debiésemos desear leer la Biblia a través de nuestros propios lentes.

Pero esta no es la historia completa. En demasiados casos hemos llegado demasiado lejos en la dirección antes sugerida. Nuestras librerías están llenas de libros y guías de estudio; las ondas televisivas y radiales están repletas de maestros de la Biblia; en los sitios web proliferan enseñanzas y comentarios. En la medida que estos enseñen la Biblia de manera apropiada, en esa medida son valiosos. Pero hay tal superabundancia hoy de información que muchos Cristianos parecen sustituirla por la lectura de la Biblia en su propia relación directa y personal con Dios y por una lectura de la Biblia sin ayuda de recursos. Si Dios les habla, parecen ellos asumir, ¡que Dios aparentemente no puede hacerlo sin los comentarios y las guías de estudio!

Sin embargo, la Palabra de Dios fue dada para nutrir las almas de los hombres (Jer. 15:16), para proveer una lámpara y una luz para su jornada terrenal (Sal. 119:105). Libros, comentarios y guías de estudio, por sí mismos, ni alimentan ni iluminan. Esa es la labor de la Biblia. Cuando leemos la Palabra de Dios con disposición de creer, en espíritu de oración y de manera sumisa, Dios alimenta nuestras escuálidas almas e ilumina nuestro oscurecido sendero. La Palabra de Dios crea fe en nuestros corazones (Rom. 10:17). La Palabra nos muestra nuestros pecados para que podamos arrepentirnos y obedecer (Sal. 119:9). La Palabra discierne “los pensamientos y las intenciones del corazón” (Heb. 4:12). No podemos decir esto de ningún escrito humano, no importa cuán útiles y brillantes puedan ser. Si descuidamos la Biblia a favor de los libros *acerca de* la Biblia, corremos el riesgo de conseguir razonamiento humano y perder la verdad divina, u obtener consejo humano y perder la dirección divina, o ganar resistencia humana y perder fortaleza divina.

En este sentido, debemos leer la Biblia a través de nuestros propios lentes. Nadie puede leer la Biblia por nosotros. No hay sustituto para la lectura paciente, reverente y consistente de la Palabra de Dios.

P. Andrew Sandlin es autor de El Pleno Evangelio: Un Vocabulario Bíblico de la Salvación, El Cristianismo: Baluarte de la Libertad, Totalismo: La Soberanía de Dios se Afirma en la Totalidad de la Vida, y muchas otras obras. Tiene licenciaturas en Inglés,

literatura Inglesa, historia y ciencias políticas. Está casado y tiene cinco hijos; vive en la zona rural del norte de California.